



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
GINO GERMANI
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires

Odisea. Revista de Estudios Migratorios
Nº 4, 3 de octubre de 2017. ISSN 2408-445X

Conocer, migrar, integrarse: tres experiencias de pioneros daneses en la Argentina

Cecilia Mazzaro*

Fecha de recepción: 31-03-2017
Fecha de aceptación: 17-06-2017

Resumen:

Las autobiografías y los relatos de vida de los pioneros daneses en la Argentina retratan situaciones donde el encuentro cultural con nuestro país requirió de saberes incorporados, objetivados o institucionalizados que les permitieron establecer las bases de sus colectividades. El presente artículo propone caracterizar e interpretar el conocimiento como capital cultural, es decir, como bien que genera conflictos y negociaciones. Para ello se analizan las experiencias migratorias referidas a la producción de conocimientos profesionales y técnicos que se relatan en las biografías de los pioneros daneses. Tales experiencias refieren a tres contextos distintos de la radicación danesa en la República Argentina: en las sierras y la pampa bonaerense (hacia la década de 1840), en la Patagonia (hacia 1900) y en la selva misionera (hacia 1920).

Palabras clave:

Integración, conocimiento, inmigración, daneses, Argentina.

Title:

To know, to migrate, to integrate: three experiences of Danish pioneers in Argentina.

Abstract:

The autobiographies and life stories of the Danish pioneers in Argentina reflect situations where the cultural encounter with our country required an incorporated, objectified or institutionalized knowledge that allowed them to establish their collectivities. This article proposes to characterize and interpret knowledge as cultural capital, that is, as a possession that generates conflicts and negotiations. To fulfill this objective, we analyze the migratory experiences of production of technical knowledge represented in biographical documents of the Danish pioneers. These experiences refer to three different contexts of the Danish settlement in the Argentine Republic: in Buenos Aires (around the 1840s), Patagonia (around 1900) and Misiones (around 1920).

Keywords: Integration, knowledge, immigration, Danish, Argentina.

* Profesora y Licenciada en Comunicación Social (UNLP) y Magíster en Ciencia, Tecnología y Sociedad (UNQ). Laboratorio de Investigación de Lazos Socio-Urbanos de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata (LILSU - FPYCS - UNLP). Argentina. E-mail: cmazzaro@perio.unlp.edu.ar

Introducción

Los pioneros daneses debieron desarrollar diversos oficios al llegar a una Argentina poco conocida para ellos, dado que estos inmigrantes no tenían la contención de una colectividad previamente radicada que les facilitara su inserción y, en cambio, asumieron como su responsabilidad ayudar a los que vinieron luego. Hubo, entre ellos, productores de alimentos cuyo rubro iba cambiando a medida que se trasladaban a distintas partes del país, lo que no siempre implicaba un ascenso social -como en el caso de los estancieros-, pero sin dudas habla de una gran adecuación al medio. Hubo profesionales (médicos, por ejemplo), o constructores que se dedicaron al menos un tiempo a edificar viviendas y perfeccionar los materiales para hacerlas más resistentes al clima y la geografía local. Hubo también comerciantes cuya mercancía era tan importante como el punto de encuentro e intercambio de información que ofrecían sus negocios, mecánicos dedicados que armaban y arreglaban objetos en sus talleres particulares, y hasta inventores que solucionaban problemas cotidianos, tales como levantarse a tiempo.

Un repaso por las primeras tareas que debieron emprender los daneses para asentarse en territorio argentino nos ayuda a comprender las condiciones materiales y el contexto social en el que estos inmigrantes se constituyeron como sujetos que traían un determinado conocimiento sobre cómo se hacían las cosas y lo ponían a prueba en otro ambiente, lo adaptaban o lo descartaban, y estudiaban nuevas variantes. No era, en principio, más de lo que les exigía la supervivencia, pero en las decisiones que tomaban cotidianamente se perciben los criterios para priorizar tareas (en base a valores y a urgencias materiales), las formas de alcanzar los resultados deseados, las personas con quienes establecieron los primeros lazos (es decir, a quiénes buscaron para que los asesoraran o ayudaran a progresar en los primeros momentos), y los modos en que quedaron expresados sus éxitos y fracasos.

En este marco, el primer propósito del presente artículo es caracterizar e interpretar en clave de capital cultural (Bourdieu, 1988; 1991; Gutiérrez, 1994) el conocimiento producido y recabado, recurriendo para ello a los relatos biográficos de los pioneros daneses en la Argentina,

entre mediados del siglo XIX y principios del siglo XX. En segundo término, se propone indagar si las experiencias en las que se expresan situaciones de producción de conocimiento tienen vinculación con la integración social del inmigrante danés en nuestro país. Finalmente, este trabajo busca analizar de qué manera los contextos donde se radicaron los daneses influyeron en sus distintas formas de producir conocimiento.

Fuentes y métodos para seguir la huella de los daneses

Para analizar las experiencias de los pioneros daneses en la Argentina se buscaron materiales que retrataran las trayectorias de vida, ya sea contadas en primera persona -en forma de memorias y autobiografías-, como por terceros en biografías. Aunque no forman parte central de este artículo, la investigación original llevó también a contrastar y completar dicho material con historias de familia que fueron recabadas a partir de entrevistas semiestructuradas a los descendientes de la colectividad danesa en la Argentina, en las cuales se refirieron a sus primeros antepasados radicados aquí. Estas tres fuentes conformaron un corpus de relatos del que se extrajeron situaciones que evidencian la producción, organización y comunicación de saberes profesionales y técnicos por parte de los pioneros daneses en nuestro país.

El trabajo sobre relatos biográficos resulta enriquecedor para estudiar las experiencias migratorias dado que, como explica el sociólogo Karl Mannheim, estas narraciones son pertinentes para conocer los procesos subjetivos, las representaciones y las percepciones del mundo. Sumado a esto, constituyen una de las fuentes más valiosas para este tipo de investigaciones porque:

[...] podemos observar de qué naturaleza eran en el pasado las actitudes introspectivas de los hombres, de qué modo y para qué fines se observaban a sí mismos; además, podemos ver cómo las distintas situaciones sociales e históricas han favorecido distintas formas de la personalidad y cómo estas distintas formas de actitudes introspectivas desempeñan inconscientemente ciertas funciones sociales. Estudio de Mannheim (citado en Prieto, 1982: 12).

Como contraparte, este tipo de relatos son construcciones personales de las propias experiencias y, por consiguiente, no deben ser rescatados tanto por la veracidad de sus hechos, sino por el aspecto simbólico de su interpretación. Esta cuestión hará que durante el análisis de este artículo se interfieran permanentemente el capital cultural del conocimiento con el capital simbólico de su representación en las narraciones, pues como explica Bourdieu (1988):

[...] la percepción del mundo social es el producto de una doble estructuración: por el lado objetivo, está socialmente estructurada porque las propiedades atribuidas a los agentes o a las instituciones se presentan en combinaciones que tienen probabilidades muy desiguales [...] Por el lado subjetivo, está estructurada porque los esquemas de percepción y de apreciación, especialmente los que están inscritos en el lenguaje, expresan el estado de las relaciones de poder simbólico [...] Esos dos mecanismos compiten en producir un mundo común, un mundo de sentido común o, por lo menos, un consenso mínimo sobre el mundo social (1988: 136).

Si bien desde la perspectiva sociológica de este autor, tales representaciones están inscriptas en las prácticas y no únicamente en los relatos, aquella observación también es válida para las historias de vida. Aunque las autobiografías son permeables a los "intrincados mecanismos del olvido" (Prieto, 1982: 14) y a expresiones oblicuas (eufemismos de la época en la que fueron escritas, gente a la que no se quiere nombrar, miradas románticas tanto de la Argentina como del país natal), lo cierto es que describen procesos de generación de técnicas y tecnologías que rara vez se hallan expresados con tanto detalle en las entrevistas a los descendientes, por ejemplo. Sin embargo, centrar el análisis en las biografías no implica jerarquizar su discurso frente al de otras fuentes, ni integrarlas en un relato homogéneo que desdibuje los límites entre las diferentes épocas, situaciones y personalidades expuestas; sino, por el contrario, promover su uso para que ayuden a recomponer una imagen más completa (aunque nunca acabada) de los inmigrantes y su vinculación con el conocimiento.

Bajo estas consideraciones, la búsqueda de relatos biográficos -diez en total, siete publicados y tres inéditos de pioneros en Misiones, Buenos Aires y la Patagonia, todos traducidos al español- ha sido complementaria al relevamiento y el procesamiento de documentos estadísticos, normativos,

históricos y académico-investigativos referidos a la inmigración danesa en la Argentina entre 1840 y 1930. También se procuró entrevistar a investigadores entendidos en la temática y a autoridades de instituciones pertinentes, para determinar los alcances de dicho proceso migratorio. Tal es el caso de Karen Sparhold, de la biblioteca danesa más grande del país, perteneciente a la Iglesia Dinamarquesa en Buenos Aires; Sergio López, Steen Lerfeldt, Martín Olesen y Aldo Bidán, pastores de las congregaciones de Buenos Aires, Necochea, Tandil y Tres Arroyos, respectivamente; y, Marcelo Caroni y Carlos Vázquez, conductores y productores del programa de radio de la colectividad (*Dinamarca y su gente*). Asimismo, se recurrió a las comisiones directivas de clubes, centros y eventos pertenecientes a la colectividad; y a descendientes daneses de las ciudades de Tandil, Necochea y Tres Arroyos. En total se realizaron cuarenta y cuatro entrevistas, que si bien no son la fuente fundamental de este trabajo, cuando resultan indispensables o enriquecedoras son citadas indicando iniciales, número de testimonio, lugar y fecha de realización de la mismas.

Principales herramientas conceptuales

El conocimiento es definido, ante todo, como público y colectivo, ya que se produce en (y por) el encuentro de distintos saberes y agentes. Se trata de saberes profesionales y/o técnicos que los inmigrantes desarrollaron como parte de sus actividades cotidianas, ante necesidades prácticas concretas que no les exigían, en principio, nutrirse del conocimiento por el conocimiento en sí, sino sólo en la medida en que pudiera ser aplicado para solucionar sus problemas más urgentes: la construcción de la vivienda, la potenciación de la producción de cereal, la mejora de las técnicas de arado, etcétera. En este marco, se entiende por procesos de producción de conocimiento a aquellos orientados al desarrollo de mejoras destinadas a completar información, corregir problemas o potenciar tareas domésticas, laborales, culturales o educativas no formales de la colectividad. Entonces, puede tratarse de procedimientos, técnicas, dispositivos tecnológicos o emprendimientos novedosos que sean resultado de un aprendizaje tanto teórico como experimental. Es decir, de aquellos conocimientos vinculados a la formación profesional original de los

inmigrantes (si la tuvieron), tanto como los que fueron desarrollados en la Argentina a partir del complemento de saberes de distintos grupos (hacia adentro de la misma colectividad, o entre colectividades con las que convivieron, o con pueblos originarios, etcétera).

Si el conocimiento se produce, organiza y comunica en el encuentro con otros que poseen determinados saberes sobre una cosa o práctica particular, cabe preguntarse qué impulsa esos vínculos y qué los mantiene "imantados" (en el sentido de que generan una atracción entre los agentes involucrados), aunque sea temporalmente. Para Bourdieu (1988), existe una serie de "poderes sociales" (p. 131) que se ejercen en las prácticas a fin de disputar ciertos bienes y recursos, principalmente económicos, culturales y simbólicos. Esos poderes son lo que el autor denomina "capital", entendido "como instrumento de apropiación de las oportunidades teóricamente ofrecidas a todos" (Bourdieu, 1991:109). Atendiendo a estas consideraciones, es útil retomar la clasificación de los capitales de Bourdieu como los interpreta Alicia Gutiérrez (1994): el capital económico es el que motiva la disputa por bienes materiales y de producción; el capital social es la "red durable de relaciones" que tiene una persona por pertenecer a un grupo en donde todos están "unidos por lazos permanentes y útiles" (p. 27); el capital simbólico está vinculado al "prestigio, legitimidad, autoridad, reconocimiento" (p. 29); y el capital cultural interesa particularmente a esta investigación porque está ligado a los conocimientos, la ciencia y el arte. Para la autora, este capital puede existir bajo tres formas: en estado incorporado, es decir, bajo la forma de disposiciones durables (*habitus*) relacionadas con determinado tipo de conocimientos, ideas, valores, habilidades, etcétera; en estado objetivado, bajo la forma de bienes culturales como cuadros, libros, diccionarios, instrumentos, entre otros; y en estado institucionalizado, que constituye una forma de objetivación, como lo son los diferentes títulos escolares (26).

Así leída, la clasificación teórica de Bourdieu habilita el análisis de las situaciones identificadas en diversas experiencias migratorias. Por ejemplo, la acreditación es una de las características principales para definir y diferenciar al profesional de otros sujetos vinculados a la generación de conocimiento, como el experto o el inventor. Sin embargo, hay que tener en cuenta que el identificar una disputa principal no excluye la tensión por

los demás capitales; sólo que, en términos analíticos, la jerarquización de uno por sobre los otros tres delimita lo que el autor denomina "campo", que es el sistema que forman los agentes al posicionarse según el poder que tienen o desean sobre un capital (Gutiérrez, 1994: 21-22).

La practicidad de estas definiciones reside en que es posible identificar el capital a partir de reconocer cuál es el bien que se están disputando esos agentes, de forma tal que en esa relación se conforma un mercado donde ese bien específico se produce, distribuye, consume, invierte o pierde. Por ejemplo, el honor o la credibilidad -en la medida en que son percibidos por los otros como un valor-, son capitales simbólicos de sumo interés en el campo político. Pero también en ese mismo campo puede disputarse un capital social -cantidad de socios partidarios o de votantes-, económico -en cuanto al dinero que requiere una campaña-, o cultural -como saber incorporado de las tradiciones y necesidades locales-.

Finalmente, si es posible analizar las prácticas sociales en torno al campo donde están insertas, es necesario seleccionar, en las experiencias migratorias de los pioneros daneses, situaciones donde esas prácticas estén situadas en el marco (o campo) de la producción de un determinado bien. Luego se deberá identificar a sus componentes: ¿quiénes son los agentes presentes en cada campo? Y lo más importante: ¿qué tienen unos que no tienen (y quieren) los otros?

Perfiles culturales, profesionales y técnicos de los pioneros daneses

Hacia el último cuarto del siglo XIX, ocurría en Europa un fenómeno por el cual las fábricas necesitaban nuevos recursos especializados para su desarrollo tecnológico. Sin embargo, en Dinamarca, la industria no alcanzó a absorber a una población que crecía cada vez más y que no contaba con la posibilidad de heredar tierras si no se era el hijo mayor de aquellos que las poseían (Bjerg, 1995: 107). Sumado a esto, ante una modernización del país que se acoplaba al nuevo sistema económico, los trabajadores del campo -arrendatarios, pequeños agricultores y trabajadores rurales, su población mayoritaria en ese entonces- sólo podían migrar hacia las ciudades, o bien hacia otros países. La primera opción tenía sus limitaciones: las ciudades se encontraban atestadas tanto de peones y

sirvientes (*landarbejdere* y *tyende*), como de obreros y artesanos que querían abandonarlas porque habían encontrado que los puestos de trabajo ofrecidos por las nuevas industrias, que se proyectaban prioritariamente hacia el mercado interno, eran insuficientes. En cuanto a la segunda opción, es de destacar que el largo proceso de emigración que partía desde Dinamarca no sólo se justificó por la situación económica, sino porque la alternativa misma de emigrar se conformó como una posibilidad rentable y segura para los daneses. Siguiendo algunas investigaciones ineludibles sobre la colectividad, llevadas a cabo por la historiadora María Mónica Bjerg (2001), se evidencia que:

Paradójicamente, la aceleración del movimiento migratorio parece haberse dado en una etapa de maduración de su economía, de salarios altos y de modernización productiva [...] Desde la década de 1870 [...] la inmigración se habría acelerado debido no tanto a la falta de empleo o a los bajos salarios sino [...] a causa del establecimiento de una tradición migratoria sustentada en una red de contactos interpersonales (2001: 37-39).

El reconocimiento de la emigración como una pauta cultural de esa época y lugar no es menor para esta investigación, porque justifica el hecho de que a la Argentina no llegaron sólo sirvientes y peones, sino también daneses especializados en oficios rurales y urbanos, e incluso profesionales calificados en disciplinas más alejadas de las tareas manuales.

En términos generales, durante los 45 años que transcurrieron entre los censos nacionales argentinos de 1869 y 1914, la población destinada al sector primario (que era la que se procuraba incentivar, especialmente respecto de la actividad agropecuaria) decreció hasta invertir el porcentaje mayoritario que tenía al inicio del período, para pasar a ocupar el último lugar en relación con los sectores de la industria y el comercio. Asimismo, estos dos ámbitos contaban, hacia 1914, con una creciente proporción de extranjeros debido a la mayor concentración de los inmigrantes en las ciudades y en la región litoral (Germani, 1987: 136-137). Sin embargo, en el caso de los daneses, el último censo nacional realizado dentro del período de análisis (1914), expresa que, de los 3.872 inmigrantes de esta nacionalidad, 2.181 se ubicaban en zonas rurales y los restantes 1.691 en zonas urbanas (Gobierno de la República Argentina, 1916: 396). De estos

últimos, el 37,7% (638) estaban radicados en barrios de la Capital Federal (Gobierno de la República Argentina, 1916: 148).

La permanencia mayoritaria de los daneses en zonas rurales se debió, en parte, a las mismas condiciones que afectaron a la inmigración masiva en general: las condiciones económicas de esta generación eran más precarias que las de sus antecesores, el país se había posicionado como exportador de materias primas y la actividad agropecuaria se fomentaba desde el gobierno nacional (Devoto, 2007: 532, 544). Consecuentemente, el movimiento inmigratorio siguió la ruta de las posibilidades de desarrollo en el campo, dejando atrás los centros urbanizados y marcando así un determinado perfil laboral. En la primera etapa (los que fueron a Tandil), los daneses venían formados en oficios o profesiones urbanas, mientras que en la segunda etapa predominaron los oficios rurales. Según una descripción hecha por la Legación Danesa en Buenos Aires, en 1923:

[...] no menos del 70 por ciento de los daneses en la Argentina se dedicaban, directamente o indirectamente (es decir, como jardineros, mecánicos, herreros, etc.), a la agricultura; el 14 por ciento eran empleados de oficina y negociantes; el 10 por ciento artesanos, y el resto tenían diversas ocupaciones. De las personas no ocupadas en la agricultura casi la mitad vivían en la capital de Buenos Aires (Monrad-Hansen, 1940).

Tal concentración se manifestaba fundamentalmente en las zonas cercanas a Tandil, Tres arroyos y Necochea. Allí, a la presencia de los daneses afincados en las sierras desde 1840, se sumó la instalación de algunos intermediarios que favorecieron la integración de los daneses que aún no tenían familias en la Argentina, pero que podrían encontrarse con coterráneos con los que compartir ámbitos, hábitos, idioma y costumbres al llegar a destino. Posteriormente se incorporarían a esta lógica migratoria otros agentes aún más alejados de las relaciones personales, pero que actuaron igualmente para incentivar el poblamiento de estas tierras. El mecanismo de información a través de los diarios daneses y los agentes de propaganda promovidos por el gobierno argentino funcionaba adecuadamente al iniciarse el siglo XX, y los potenciales migrantes se contactaban con estos intermediarios para obtener datos sobre los referentes que pudieran otorgarles trabajo y los lugares más convenientes para asentarse.

En lo referente al empleo, las biografías y los relatos de vida hacen mención a una variedad de oficios, habilidades y profesiones propias de un grupo migratorio que se dispersó por territorios antagónicos de la República Argentina y requirió, por tanto, adaptarse e insertarse en el plano social y laboral. Cuentan que en el norte argentino hubo daneses azucareros, empresarios de quebrachales y trabajadores ferroviarios; cultivadores de yerba mate en Misiones, de árboles en Entre Ríos, de frutos en Río Negro y de vid en Mendoza; en el centro-sur bonaerense y santafesino fue usual dedicarse a la producción láctea; en las rutas interprovinciales del este nacional se cruzaban camioneros que transportaban mercadería y vendedores de cosechadoras inglesas; y el contacto con escandinavos en el Mar Argentino provocó que algunos daneses, que venían de trabajar en el campo como quinteros o cocineros, se dedicaran a cazar ballenas en el sur.

El análisis de las fichas disponibles online (4.152) en el Archivo Danés de Emigrantes (*Dansk Udvandrer Arkivet*, s./f.) evidencia que las ocupaciones más referidas por aquellos que llegaron a la Argentina fueron las siguientes: agricultor, obrero, criado, empleado de oficina, dependiente y herrero. A esos oficios le seguían otros tantos, como carpintero, almacenero, pintor, ingeniero, lechero, panadero, contador, maestro, marino, asistente, zapatero, agente, farmacéutico, fotógrafo, telegrafista o tipógrafo; y en menor medida, arquitecto, talabartero, periodista, dentista y corresponsal. Todo este último grupo de oficios conforma una sexta parte de la cantidad de fichas relevadas, es decir, aproximadamente 3.500, considerando que se han descartado aquellas cuya ocupación señala "viuda", "esposa" o "hijo", entre otras definiciones ambiguas.

Si el conocimiento aquí estudiado es algo que se posee a modo de pautas asimiladas con la cultura natal y no sólo con los conocimientos acreditados, también su transmisión pudo haber estado afectada por los conflictos entre los grupos de inmigrantes y los criollos. En ese sentido, los estilos de vida de los pioneros daneses, sus formas y espacios para vincularse y educarse son tan importantes como los inventos o las técnicas y tecnologías producidas por ellos mismos. A fin de sistematizar estas dimensiones, en los apartados siguientes se relevan tanto los procesos de producción de conocimiento más sobresalientes de las biografías de los pioneros daneses, como algunas pautas culturales que incidieron en las

experiencias de quienes se radicaron en las sierras y la pampa bonaerense (Bækhoj, 2011; Fugl, 1959; 1989; Meullengradt, 2001; Buus, 1947), en la Patagonia (Madsen, 2003; 2005; Luring, 2007) y en la selva misionera (Engwald, 2014; Johansen, 2009).

Los protagonistas de estas obras resultan de particular interés para esta investigación porque sus biografías -en su mayoría escritas en Dinamarca- se han traducido al español y, aunque no todas se hayan publicado, forman parte del relato de la colectividad danesa-argentina. Esto quedó en evidencia al realizar las entrevistas a los descendientes, aun en los casos en que ellos no tenían ningún vínculo sanguíneo con dichos pioneros. Siguiendo este razonamiento, las memorias y las autobiografías compensan su escasez con la minuciosidad de sus descripciones, sus percepciones sobre los hechos vividos según cada contexto y la exposición de ideas y sentimientos que sólo pueden ser relatados en primera persona. De esta manera, se constituyen en testimonios de un encuentro cultural más o menos programado, conflictivo o negociado, pero que, en cualquier caso, implica la existencia de determinados saberes como parte de las diversas historias de vida.

Por otra parte, las memorias y las biografías estaban destinadas a los connacionales y a sus descendientes, con lo cual podrían ser tomadas también como materiales de comunicación del conocimiento. Sin pretender que ese haya sido su principal objetivo, se observa que tendieron a incorporar descripciones y explicaciones didácticas de distintos procesos. Además, si consideramos que los daneses llegaron a la Argentina luego de la masificación de los *højskole* (Escuelas Superiores Populares de Dinamarca) -y por ende traían incorporado un sentido de la educación que la vincula a una vivencia colectiva, antes que a la certificación de contenidos aprendidos-, y que muchos testimonios de los descendientes cuentan que una de las lecturas preferidas eran los libros de viajeros, es factible que al momento de escribir sus memorias los pioneros eligieran contar lo que sabían, lo que aprendieron, lo que construyeron y de qué manera llegaron a esos resultados, antes que redundar en reflexiones valorativas sobre problemas personales. En la misma línea, es legítimo recordar tres cuestiones: que los contenidos de las autobiografías fueron transmitidos por "bocetos" de estas publicaciones (artículos en diarios, cartas-instructivos,

transmisión oral de las experiencias allí relatadas, etcétera) antes de que fueran editadas desde los años veinte en adelante; que se trata mayormente de experiencias de pioneros que salieron de un país empobrecido; y que ninguna de las colectividades danesas-argentinas conformadas en este período lleva por nombre referencia alguna al país escandinavo, sino que reservan ese uso para sus propias instituciones (iglesias y clubes). Por todo lo argumentado, se puede decir que los pioneros daneses no conformaron sus colectividades en torno a una idea de conquista nacionalista, sino que se agruparon conforme a los recursos (humanos y materiales) que iban necesitando para constituir una idea de comunidad.

En términos más específicos, las causas y las condiciones de su arribo a nuestro país como de la decisión de dejar testimonio de sus experiencias, fueron diversas. Knud Christian Buus (1867-1952) desarrolló sus habilidades en carpintería, construcción y venta de máquinas de campo, primero en Estados Unidos, y luego en la Argentina, donde arribó en el año 1900. Escribió sus memorias al llegar a la edad de setenta años, en parte porque deseaba compilar toda su experiencia, y en parte por la insistencia de sus amistades de Dinamarca (1947: 37). Lars Bækhoj (2011) escribe sobre el emprendedor danés Adolf Petersen (1846-1921) con la "esperanza [de] que pueda ayudar a conservar la imagen de mi viejo Patrón y amigo en las futuras generaciones" (p. 11). Oscar Meullengrardt (1848-1928) era un Licenciado en Teología (Rabal, 2001: 5) que vino a la Argentina a raíz de haberse enterado, por medio de un Agente Oficial de nuestro país, de que necesitaban un Pastor y maestro danés en la creciente colectividad de Tandil. Juan Fugl (1811-1900) era hijo de un labrador y había estudiado para ser maestro, cuando se enteró, por el periódico *Berlingske Tidende*, de que "un navegante de apellido Wordinger, recomendaba más calurosamente la emigración a la Argentina, y se basaba especialmente en un buen clima, y sus tierras muy aptas para labranza, especialmente para la gente del agro como abundaba en Dinamarca" (1989: 104). Andreas Madsen (1881-1965) era hijo de una familia muy pobre, de la cual se escapó a los doce años para aprender a navegar y "conocer el mundo" (2005: 11), conocimiento que lo llevó a participar de los embarques al nuevo continente y a la Argentina en el año 1900. Magnus Lauring (1890-1963) "se dio la idea de escribir sus

relatos como un libro, cuando comprobó que su buen amigo de la Patagonia, Andreas Madsen, había impreso su propio libro de relatos titulado 'Bocetos de la Patagonia Vieja'" (Lauring, 2007: 2). Nina Engwald emigró desde Dinamarca en 1916, en momentos en que "había inseguridad en el mar durante la primera Guerra Mundial" (2014: 10), y en 1938 editaría en danés los relatos de sus primeros veinte años en Sudamérica. Finalmente, Oluf Johansen (1890-1944) era carpintero ebanista y le gustaba la música. Viajó con su familia, primero a Necochea y luego hacia Misiones: "aquí empieza lo épico y lo jugoso de una narración que revela a un escritor de mano experta (no en vano había editado en su patria varios libros)" (2009: 7).

Siguiendo el orden de estas presentaciones (los daneses en Buenos Aires, la Patagonia y Misiones), en los próximos apartados se presentan sus experiencias y las situaciones de producción de conocimiento más significativas, en los contextos en los que fueron desarrolladas.

Los daneses en las sierras y la pampa bonaerense

Los pioneros daneses en la Argentina llegaron hacia la década de 1840 y fueron, durante los primeros veinte años, casos prácticamente aislados. Sin embargo, en ellos podía detectarse algún tipo de oficio o de especialización profesional que, en algunas ocasiones, les significó un capital relevante para asentarse donde demandaran esa formación (Bennike, 1936; Bækhoj, 1923; 1948; Monrad-Hansen, 1940). Por ejemplo, el Doctor Jacobsen recibe al tiempo de su llegada, hacia 1848, una oferta para trabajar como médico -tal era su profesión- en Barrancosa (200 km al sur de Tandil), reconociendo especialmente la ventaja de que no le pidieran un examen de revalidación en la Universidad de Buenos Aires. Juan Fugl, ilustre pionero de la colectividad, era conocido de este médico y lo acompañó ofreciendo sus habilidades en carpintería para la construcción de su casa. Por esta razón, Fugl (1959) recordó la sugerencia de una lugareña, según la cual "un buen carpintero como yo debía establecerse en Tandil, donde no había ni carpinteros ni artesanos y donde, seguramente, ganaría bastante dinero" (1959: 31-32). De esta manera, Fugl, que había arribado con un título de maestro, empezó trabajando en otros oficios sustentados

en sus habilidades manuales, antes de dedicarse a su profesión e incluso fundar una escuela en Tandil. De hecho, su primer trabajo en la Argentina fue como lechero, hasta que en 1846 un decreto del gobierno prohibió ese oficio para los extranjeros.

En la generalidad de los primeros inmigrantes, estos oficios nacidos de las primeras necesidades de trabajo se complementaban con la enseñanza de las tareas, a cargo de los propios empleadores o compañeros, en los espacios laborales. El contar con una educación pública superior, aun si no era universitaria, constituía un capital importante para conseguir nuevos puestos de trabajo y, en ocasiones, el conocimiento necesario para desempeñarlos circulaba por espacios extralaborales, en la parroquia o en las casas. Por ello adquieren importancia los espacios de intercambio de información, que los daneses parecen haber reforzado en todos los lugares en los que se asentaron, promoviendo la integración de sus coterráneos. Por ejemplo, es en los comercios daneses donde se encuentran para discutir cuestiones de la colectividad, asuntos sociales y familiares, pero también sobre la administración de recursos, los problemas o mejoras en la producción, entre otros aspectos:

Christian Sommer vivía y tenía venta de sombreros y artículos de hombre en la calle principal "Calle Rivadavia", donde fuimos recibidos con la hospitalidad más cordial. Su negocio era el punto de reunión de todos los daneses, donde todo lo atinente a ellos se conocía y eventualmente se comentaba. En el negocio vi y traté con varios daneses cuando nos visitaban en casa de Sommer, a algunos visitamos nosotros, entre ellos el Dr. Lausen y al Cónsul Christophersen y a su compañero de escuela P. Malling, que había trabajado como ingeniero hidráulico en Aarhus, lo encontré en Buenos Aires (Meullengradt, 2001: 12-13).

Una vez ubicados en las zonas donde se iría asentando la primera colonia danesa-argentina, esos lazos, que de alguna manera habían tendido más a fortalecer el capital social que el económico, viraban hacia este último por la legítima necesidad de supervivencia y la de encontrar un trabajo sustentable.

Cuando Fugl consigue tierras, por ejemplo, se dedica a producir y comercializar cercos y combustibles. La plantación de sauces es señalada por él como "una industria que en esos años daba buena ganancia" (Fugl,

1959: 116), y con el objetivo de vender esa madera divide la plantación en cinco secciones, a fin de cortar una cada cinco años.

Los troncos de sauce se empleaban para postes de alambrado, que ya había comenzado a usarse para cercar corrales y potreros, pues el sauce era más resistente que el álamo. Un estanciero me consultó acerca de cuántos años, a mi parecer, duraría un poste de sauce, pues había arrendado un campo [...] Le aseguré que fácilmente durarían los cuatro años y entonces se decidió a emplearlo. Muchos siguieron su ejemplo de modo que yo pude vender a buen precio todos los postes que producía la plantación, visto lo cual otros se decidieron a hacer plantaciones de sauce y álamo (Fugl, 1959: 115).

Aquí, la comunicación de los beneficios de la madera no sólo implicó el reconocimiento de la existencia de una técnica mejor (como aparecerá también en el caso de la construcción de viviendas), sino una oportunidad económica que el pionero potenció con su sistema de plantación, y luego, la ampliación del comercio por efecto de la incorporación de nuevos productores a este rubro.

Pero el uso de este material no se destinó sólo a la elaboración y venta de postes. Eventualmente se comenzó a usar también como combustible para las cocinas, porque las amas de casa preferían la madera al excremento de vaca o de oveja, utilizado comúnmente hasta entonces. En este caso, la forma habitual de uso era cortar pedazos manuales de la capa de estiércol que se acumulaba en los corrales, para quemarlos en fogones abiertos.

Estos relatos evidencian que, en la producción de un bien relativamente novedoso (ya sea por el material, como por el modo o proceso para producirlo, o el uso y función que se le incorpora), los inmigrantes daneses establecieron relaciones con personas que no eran sus coterráneos. En ese sentido, importa menos la nacionalidad danesa o los lazos con Dinamarca, que la capacidad o conocimiento que se posea sobre un producto o la forma de desarrollarlo. De hecho, los inmigrantes se valieron de la socialización con los peones o encargados locales para aprender, por ejemplo, sobre el manejo y cuidado de los caballos y, ante la precariedad de las herramientas, también aprendieron a quiénes debían recurrir para hacer determinados trabajos. Tal es el caso de Adolf Petersen, de quien Lars Bækthøj (2011), cuenta que:

El primer arado que él mismo buscó en la ciudad lo trajo consigo a horcadas a caballo [...] Los implementos para la tarea de la cosecha no eran mucho mejores. El trigo se guadañaba con la hoz. La mejor gente que había para este trabajo eran los santiagueños (2011: 29).

Finalmente, cuando los inmigrantes daneses ya estuvieron asentados en las ciudades y con la colonia danesa-argentina firmemente conformada, los lugares de producción, organización y comunicación del conocimiento se fueron transformando en espacios más específicos para el desarrollo de estas tareas. Un caso típico fue el taller construido en un galpón trasero, donde sobre todo la presencia masculina -a través de padres, abuelos o empleados varones- evidenciaba la constitución de un lugar de trabajo separado, pero en relación con el resto de la casa. Allí, el aprendizaje es temprano y comienza desde el juego: divertirse con las herramientas o fabricando cosas. En estos casos no aparece el hombre como maestro de los jóvenes, sino como facilitador de espacios para que los niños vean, toquen y aprendan a trabajar en herrería o mecánica. Según testimonios de descendientes entrevistados en Tandil, el adulto usaba este espacio para aplicar lo aprendido en revistas como *Mecánica Popular*.

Yo creo que él veía las propagandas de la *Mecánica Popular* por ejemplo, que él las coleccionó todas a esas, las encuadernó, entonces aprendió mucho [...] Mi mamá no tenía nada de ebanista ni nada. Se le daba por hacer muebles porque en esas revistas venía tan explicitado el plano, los materiales, las herramientas entonces si te enganchabas te ponías a hacerlo. Y lo mismo tenía de motores o lo que sea. Y ahí se veían propagandas de cursos a distancia, que han sido academias la mayor parte, yankis, pero en castellano por supuesto (AL186, entrevista personal, Tandil, 2015).

En general, se trataba de personas interesadas en una multiplicidad de rubros, pero especialmente en aquellos que tenían que ver con la tecnología del transporte, la mecánica y la fotografía:

[...] acá ha habido más gente que de entrada vivió en la ciudad y fueron por ejemplo herreros, carpinteros, mecánicos cuando ya la mecánica empezó a ser una cosa de gente que sabía manejar una máquina de vapor, por ejemplo. Algunos habrían venido sabiendo algo pero en general era gente joven que no deben haber sabido demasiado. Pero después se han juntado con alguno que sabía más (BNR219, entrevista personal, Tandil, 2015).

Por supuesto, la capacidad técnica o de inventiva no dependía únicamente de aprender en los talleres o de las revistas, pues, aunque son más eventuales, también se pueden encontrar anécdotas como la de Knud. C. Buus (1947), quien:

Sólo contaba con cuatro o cinco horas para el sueño y el descanso, y entonces no escuchaba el despertador a la madrugada. Sin embargo se las ingenió de la siguiente manera para despertarse: pasó un piolín por una roldana fijada al cieloraso, conectando una punta al despertador y atándolo a una de sus muñecas. La otra punta estaba atada a una pesa de 4 ó 5 kilos. Cuando sonaba el despertador, zafaba el hilo y caía el peso, levantándose uno de los brazos que al rato le empezaba a doler. El método era infalible (1947: 23-24).

En general, el carácter de técnico o inventor de los daneses estaba atado a una gran capacidad de lectura de libros y revistas de toda índole, tanto como de observación y experimentación. En este sentido, es importante resaltar que, en los casos mencionados, es explícita la referencia al interés de estos técnicos por reflexionar sobre su práctica, registrar lo que veían o aprendían y mostrar lo que hacían.

Los daneses en la Patagonia

Tal como sucedió en las colonias asentadas en Buenos Aires, el grupo de daneses que llegó a la Patagonia a principios del siglo XX lo hizo fundamentalmente motivado por los relatos que hacían sus coterráneos al volver eventualmente a Dinamarca. En este sentido, se trataba de aventureros que buscaban vivir una experiencia diferente a la que les ofrecía su país, aunque raras veces se menciona algún danés "ricachón" (Lauring, 2007: 3) o "consentido" (Madsen, 2003: 20). En general, esa palabra tiene una connotación negativa para los autores de las biografías, quienes utilizan otras modalidades cuando describen a los daneses que se van encontrando en el camino. En algunas ocasiones, lo hacen a través de su profesión -como cuando Madsen (2003) dice de un coterráneo: "era un marinero experto como yo" (p. 20)-, o del motivo del viaje, si observamos por ejemplo a aquel socio "con vaga profesión de taxidermista, enviado por Hagenbeck de Hamburgo para recolectarle ejemplares de fauna patagónica

y fueguina" (Madsen, 2005: 24). Según Andreas, este personaje nunca cumplió con su función, y en cambio se dedicó a cazar y buscar oro.

Igualmente, en este grupo inmigratorio se evidencia la característica de que no todos desarrollaron en la Argentina el oficio o profesión que habían aprendido en Dinamarca:

Nosotros tres no éramos los únicos daneses. Éramos ocho en total. El amigo de Madsen y su señora viajaron también con nosotros; además del hijo de un ricachón; un topógrafo; y una dama que viajaba a ver su marido, que era capitán de un barco en Valparaíso [...] En la estancia había un danés que se llamaba Hans y un finlandés que se llamaba Ejnar Ramström. Hans era mercader en Dinamarca pero aquí sólo era un peón. El finlandés era mecánico y trabajaba aquí como herrero (Lauring, 2007: 3 y 13).

Lo que se percibe, tanto en las citas anteriores como a lo largo de las autobiografías, es una mayor interrelación entre los daneses y gente de otras nacionalidades. Tales relaciones se establecen por dos criterios principales: las formas de hacer y las formas de trabajar. De esta manera, los pioneros extranjeros radicados en la Patagonia preferían contratar a noreuropeos -en especial noruegos, finlandeses y británicos-, pero la relación con los gauchos era de suma utilidad cuando se requería conocimiento local. Por otra parte, las tareas realizadas por los daneses llamaban la atención de los lugareños y eso significaba un primer contacto con ellos. Por ejemplo, Magnus Lauring (2007) nombra uno de los capítulos de su biografía "Buena relación de vecinos", donde comienza relatando que, luego de construir la pileta para bañar y desinfectar a las ovejas, "aunque siempre teníamos prisa, nos dábamos buen tiempo cuando venían visitas. La gente tenía curiosidad de ver como los gringos la habían hecho" (45).

En cualquier caso, el modo de trabajar parece ser un factor a través del cual se adquiría un cierto reconocimiento. Este dependía tanto de los saberes aprendidos como del ingenio para ponerlos en práctica.

La extrema precariedad de recursos materiales para la subsistencia en algunas zonas de la Patagonia puso a prueba a muchos de los inmigrantes daneses que allí se radicaron, evidenciando algunos casos notables, como el del mecánico Hans Víctor, que trabajaba con Andreas Madsen:

Podía hacer de todo: herrero, carpintero, bueno para toda clase de mecánica, y muy ingenioso. Fabricaba cosechadoras y aserraderos. Un hombre muy útil en esos campos [...] El sabelotodo, Hans Víctor, construyó una "bolsa a viento" para que nosotros mismos pudiéramos trabajar con herrería, pero nos faltaba carbón para el horno, ya que era difícil y caro de conseguir. Entonces hicimos carbón nosotros mismos. Juntamos un círculo de palos verdes, con fuego adentro, y lo cubrimos con tierra, dejando dos salidas, una en cada lado, para que tomara aire. Cuando el fuego prende, se cubren las salidas y todo se ahumea [sic] hasta que la madera verde se hace carbón y de la mejor calidad. El taller de madera que él hizo era tirado por un coche, levantándose la parte trasera donde una de las ruedas, cuya yanta [sic] se había sacado, funcionaba como rueda-motor. Un serrucho redondo que también hizo, era tirado por el coche, por lo que ahora se podía serruchar maderas en largos pedazos. Sólo necesitábamos un serrucho grande para el trabajo más duro. También hizo una mesa movediza, y hasta muebles como una artística mesa para gramófono (Lauring, 2007: 37-38).

Al contrario de lo que sucede en las otras dos regiones, para este grupo de daneses no son los comercios sino ciertas estancias u hoteles de los coterráneos -como las estancias "Fitz Roy" y "La Primera", o los hoteles de Jensen y Brodersen en Santa Cruz (Madsen, 2005; Lauring, 2007)- los que funcionan como punto de reunión e intercambio de información sobre la colectividad.

Desde aquel invierno en que Ejnar Ramström y yo empezamos la casa, se había agrandado ahora en una hermosa cocina donde la Sra. Madsen mandaba junto a sus mucamas. También había obtenido un molino a viento que traía el agua a un tanque, que la llevaba a la cocina. De esa manera levantaron entonces una linda y pequeña estancia. El ambiente dentro de la casa era lindo y agradable y muchos aprovechaban su hospitalidad. No solamente daneses o escandinavos, pero también alemanes e ingleses. Andro dominaba perfectamente el español y el inglés y un poco el alemán. La Sra. Madsen era muy popular ¡Cuánta gente de todas nacionalidades se habrán sentado a su cocina al lado del cálido horno a tomar mate con ella! Aunque no le gustaba tomar mate. Pero el no tomar mate era mal visto y por eso ella tomaba. Por la noche tocaban el gramófono en la sala de estar, mientras que nosotros aportábamos con la industria casera como el cardado e hilado de lana, bordado y tejido, como también productos de tejidos terminados que se usan en vez de cinturones (Lauring, 2007: 37).

Estos espacios de reunión son relevantes para analizar dónde y cómo se conforman los lazos que facilitan la construcción de un conocimiento colectivo. Por un lado, no es menor que dichos lugares conjugaran la presencia de personas que hablaban distintos idiomas -español, alemán, inglés y, por supuesto, danés-, saberes que les facilitaban a su vez el diálogo con noruegos, suecos y finlandeses. Además, estos ámbitos estaban equipados usualmente con modernos aparatos tecnológicos que

simplificaban las tareas diarias en la cocina. Por ejemplo, el mismo autor cuenta acerca de otra casa danesa donde “en un rincón había una cocina vieja y oxidada, un objeto de lujo que no se situaba en todas las cabañas que componían de cocina por estos tiempos. Ni siquiera hoy” (Lauring, 2007: 14). Fundamentalmente, los espacios de reunión ayudaban a generar un clima de distensión y comunión, dado que, por lo que indican otros relatos de los pioneros daneses en la Patagonia, el gramófono solía reproducir música escandinava.

Finalmente, la ausencia o presencia de algunas tecnologías disponibles en la época habla de las decisiones que se tomaban sobre ellas, en el sentido de cuáles eran priorizadas y por qué razones, necesidades o urgencias:

En un momento pensamos hacer un taller de electricidad, ya que la corriente que corría por detrás de la casa, se podía tranquilamente hacer correr un cable para tirar un dínamo [sic]. Pero esto nunca se hizo. Se construyó un galpón grande y amplio para la esquila en vez, donde se instaló un flamante compresor de lana. También se construyeron nuevos corrales para caballos y ganados, además de un tambo para terneros (Lauring, 2007: 56).

Los daneses en la selva misionera

La situación de los daneses en Misiones era, en muchos aspectos, muy diferente a la de los otros pioneros, en parte por la época en la que comienza a impulsarse el asentamiento de colonias en la región (alrededor de 1920), y en parte por las condiciones climáticas y geográficas. Estas particularidades habilitaban, por ejemplo, la implementación de otras modalidades de dieta y producción de alimentos. Este detalle adquiere importancia si tenemos en cuenta que permitía la incorporación de las mujeres como agentes centrales del intercambio de conocimiento que requerían determinadas actividades:

Aquí había grandes plantaciones de naranjas, mandarinas y bananas y abundancia de fruta. Habíamos aprendido a hacer nuestra propia mantequilla con la ayuda de unas sencillas varillas y ahora la comida podía ser más variada [...] Era muy gratificante visitar a los compatriotas o recibir sus visitas. Cuando los hombres salían a ver a los animales y las plantaciones, las mujeres nos poníamos a conversar sobre cosas de nuestro país: “Tendría que haber visto cómo era al principio. Era muy duro -me decían-. No se podía comprar nada. El pan de maíz lo amasábamos afuera

en el desmante entre dos gruesos troncos donde había que hacer primero el fuego, luego apartábamos un poco las ramas y sobre la ceniza caliente con un poco de braza poníamos el pan en moldes que luego tapábamos nuevamente con ceniza caliente. El pan salía buenísimo pero era un proceso muy complicado” (Engwald, 2014: 48, 112-113).

Ciertamente, este tipo de producciones, de las que no se encuentra detalle en las biografías referidas a otras colonias, también estaban acompañadas de experiencias comunes a todas ellas. En este caso, es la misma Nina Engwald (2014) quien cuenta su desempeño en la producción láctea: “La pobre vaca fue ordeñada entre cinco y seis veces aquel día, pero después de unos días fue mucho mejor para mí, y me dio una gran satisfacción cuando por primera vez llevé el cubo lleno de leche al vagón” (p. 67).

Al igual que en los relatos de los pioneros asentados en la provincia de Buenos Aires, también en Misiones fueron los comercios los primeros puntos de reunión para intercambiar información relevante:

En el almacén del puerto nos encontrábamos con otros colonos, para recibir lo que el barco había traído de diarios y cartas, para preguntar cómo estaban las distintas familias, para escuchar sobre adelantos o fracasos en nuevos planes o nuevas formas de combatir la selva, etc. Todos, sin excepción, nos llevábamos bien. Todos éramos iguales en la selva, ya sea campesino, artesano, oficinista, o ingeniero con buen título, lo que habíamos emprendido era nuevo para todos (Johansen, 2009: 85).

La igualdad que se menciona en la cita es relativa. Presuntamente, en caso de necesitar construir un molino, sería lógico requerir antes al ingeniero que al oficinista. Sin embargo, tal como sucedía en la Patagonia, cuando el objetivo era conformar un capital económico o lograr un trabajo sustentable, los lazos no se establecían únicamente con los coterráneos sino que se priorizaba a aquellas personas que tenían el conocimiento de las condiciones locales de producción, tales como los nativos o los integrantes de colonias establecidas antes que la danesa. De estos “otros”, los niños daneses-argentinos aprendían mejor el idioma castellano y ciertas actividades que requerían un saber local, como montar a caballo “a pelo” igual que los nativos. También hacían cuerdas con las enredaderas y aprendieron a arreglarse con lo que tenían a mano, al puro estilo *cowboy*: “Podían enlazar con gran habilidad los caballos del corral donde a veces los

peones tardaban bastante, y ensillaban los caballos con mucho más entusiasmo que si tenían que hacer una manualidad” (Engwald, 2014: 128).

Una particularidad de los pioneros daneses en Misiones es que migraron en una época marcada por la técnica (Sarlo, 1997), en especial por el incremento de las publicaciones de divulgación sobre mecánica y el desarrollo de la radiodifusión. Tales avances llegaron tardíamente a esta zona, pero cuando lo hicieron, los inmigrantes se comportaron de manera similar a como actuaron quienes vieron llegar el progreso en la porteña ciudad de Buenos Aires: dentro de sus posibilidades, estudiaban los fundamentos físicos y mecánicos de los aparatos que construían y las máquinas que arreglaban. De esta manera, la autobiografía de Oluf Johansen (2009) cuenta cómo construyó la primera radio en los alrededores de su comunidad y cómo ello cambió los tiempos y las rutinas, siendo que antes de que los programas radiales marcaran las horas:

No teníamos un horario determinado de trabajo, por la buena razón de que aún no había relojes. Tampoco los extrañábamos, debido al calor: comenzábamos a trabajar a la salida del sol y terminábamos cuando el sol bajaba. El descanso del mediodía lo adecuábamos a lo largo del día, o a la importancia del trabajo. Si bien instalábamos relojes de sol, que no eran más que un palo paralelo al eje de la tierra apuntando a la Cruz del Sur, solamente nos señalaba las horas del día, jamás los minutos (2009: 124).

En el contexto que relatan estos migrantes, las carencias extremas que habían sufrido al asentarse en la zona hacían que toda ocurrencia fuera para adelantar y mejorar. En ese sentido, cuentan los descendientes, cualquier mejora era un invento (BNR219, AL186, entrevistas personales, Tandil, 2015).

Notas finales sobre las experiencias migratorias

Los casos hasta aquí analizados denotan, de alguna manera, la cada vez mayor integración del inmigrante danés al desarrollo científico-tecnológico general de la Argentina, a medida que se acercaba el final del período analizado. Tal integración, y el carácter variable de los contextos y los perfiles laborales de los inmigrantes daneses, harán que también varíen las formas en que aparece el conocimiento como capital cultural. Frente a la educación formal y los evaluadores profesionales locales, los recién llegados

debieron apelar, por ejemplo, a la imaginación, a las habilidades manuales, al dominio de una artesanía o de un oficio, y al patrimonio de un conocimiento de cómo se hacían las cosas en Dinamarca. Es decir, se vieron en la necesidad de demostrar que contaban con un saber específico sobre una técnica, profesión u objeto. Entre las biografías de los pioneros daneses en Buenos Aires, se encuentra, por ejemplo, un caso en el que se evidencia la disputa en condiciones de "igualdad" entre Juan Fugl y un inspector de Escuelas. En la anécdota relatada, el danés sólo pudo convencer de la capacidad que tenía para encargarse de la educación en Tandil luego de mostrarle a la autoridad local los títulos de profesor obtenidos en Dinamarca. Distinto es el caso de Oluf Johansen quien, habiendo producido yerba mate en Misiones, debió enviar un poco a Buenos Aires para que se evaluara su calidad; o incluso las discusiones de miembros de la colectividad en torno a la prevalencia de los *højskole* (Escuelas Superiores Populares de origen danés), frente a los colegios oficiales argentinos. En estos casos se evidencia que los daneses utilizaron frente a las autoridades argentinas el recurso al conocimiento institucionalizado, objetivado e incorporado, respectivamente.

Por otra parte, como se dijo en el apartado sobre las herramientas conceptuales utilizadas, el identificar una disputa principal no excluye la tensión por los demás capitales. Las experiencias bonaerenses muestran, en principio, un orden particular en cuanto a las prioridades de los daneses para constituirse como grupo migratorio o incluso como colectividad. Por ejemplo, para los primeros que se asentaron en Buenos Aires, el contar con un título (profesional, o al menos de educación pública superior) o un oficio era la "tarjeta de presentación" a los fines de vincularse con las autoridades argentinas; luego, la urgencia de autoabastecerse, los llevó a desarrollar tareas más comerciales, en las que podían generar o aprovechar oportunidades económicas y ampliar el mercado, si acaso se incrementaban las ventas o las utilidades del bien que producían. A su vez, el reconocimiento de una mejora en las técnicas de trabajo, o en la calidad del bien o material, acrecentaba los lazos sociales que el danés establecía con los otros pobladores. En otros términos: el capital cultural de los inmigrantes facilitaba el desarrollo del capital económico, habilitando el

acceso a poseer capital social y, en consecuencia, a obtener mayor capital simbólico.

En la misma región, ya entrado el siglo XX, la producción, organización y comunicación del conocimiento profesional y técnico aparecía como un cúmulo de estrategias individuales y luego grupales, hasta que, asentada esa colonia, tales procesos se comenzaron a desarrollar en un mismo lugar: el taller. La aparición de un espacio específico e institucionalizado facilitaba el comienzo de la transmisión de saberes, desde muy temprana edad, a las siguientes generaciones, por ejemplo mediante el juego. A los grandes, por su parte, les significaba un lugar para arreglar y construir, experimentar y aplicar en la práctica lo aprendido en publicaciones específicas como *Mecánica Popular*. En términos analíticos, en estas prácticas se evidencia la utilización del conocimiento objetivado en forma de instrucciones, esquemas y dibujos, característicos de la mencionada revista. Así es que se acercaban a estudiar los principios de las cosas, y no sólo su valor de uso o su valor de cambio: leían, reflexionaban sobre su práctica, registraban lo que veían o aprendían, y mostraban lo que hacían.

El recorrido parece bastante coherente, pero cabe preguntarse: ¿fue así para los grupos de inmigrantes daneses que se radicaron en la Patagonia o en Misiones? En principio, habría que decir que tuvieron dinámicas distintas.

En términos del perfil de los daneses que arribaron a las tierras del sur, se reconoce que "por algunas de sus características la Patagonia parecía una suerte de 'Lejano Oeste'. Vivía allí una importante población de origen británico, alemán y escandinavo" (Adair, 2003: 9). Entre esta población extranjera, el historiador Adair (2003) identifica la presencia de geógrafos, cartógrafos y marineros que integraban parte de la Comisión del perito Francisco P. Moreno (p. 8), entre ellos muchos daneses, como es el caso de Andreas Madsen. Respecto de Magnus Lauring y sus contemporáneos, se conoce, por un estudio realizado por Svend Aage Buus (2007) para la traducción de su biografía (p. 58), que en dicha obra se mencionan treinta y un personajes, la mayoría de los cuales eran daneses (trece en total), tres alemanes, tres noruegos, dos suecos, dos finlandeses,

dos ingleses, un polaco y un escocés. Los otros cuatro personajes eran americanos: dos chilenos y dos gauchos argentinos.

Los daneses arribaron a la Patagonia como aventureros, seducidos por los relatos de sus coterráneos en Dinamarca. En ese sentido, aquí prima el capital social, porque lo importante es armarse de contactos para iniciar la travesía. Al llegar al país, se suman otras prioridades, y la idea de contar con un capital cultural compite con la de acrecentar el económico. Es decir, era urgente desarrollar una actividad sustentable, y si no sabían hacer nada en particular, les tocaba ingeniárselas o aprender. La profesión o el oficio traídos de la sociedad de origen por los daneses eran un atributo diferenciador tan relevante como la relación personal o laboral que los unía a quienes ya estaban radicados en la Argentina. Sin embargo, en ningún caso estas características eran más valoradas que las actitudes o aptitudes para adaptarse al clima, la geografía y la soledad patagónica. En tal sentido, no necesariamente el oficio o la profesión traídos de Dinamarca significaban un atributo diferenciador del inmigrante. Por el contrario, la capacidad para acumular capital económico podía volverse más urgente. Muchos inmigrantes daneses trabajaron en algo diferente a lo que conocían, en tareas que generalmente requerían menor capacidad técnica especializada, pero mucha mayor creatividad en el aprovechamiento de los recursos materiales disponibles. Pero aun cuando las condiciones mejoraran y las tecnologías fueran asequibles, el valor de las mismas estaba supeditado al capital económico (por ejemplo, la dínamo para generar electricidad fue descartada en pos de ampliar la esquila de ovejas). Sin embargo, a pesar de poseer diversas capacidades técnicas y de contar eventualmente con la posibilidad de desarrollarlas en procesos o artefactos cada vez más complejos, no ampliaron significativamente el comercio. Por ello, su capital económico fue siempre menor que el social. Incluso, en los relatos de los pioneros parece leerse que, aunque trabajaran entre daneses, escandinavos o noreuropeos, el reconocimiento de los locales también les era de utilidad. Pero no tanto porque lo estimasen como valor simbólico, sino porque lo usaron para ampliar sus lazos con la comunidad local. En un contexto donde el ingenio debía ponerse al servicio de superar la escasez de los recursos materiales para la subsistencia y la población de cualquier nacionalidad era escasa, los daneses no rechazaron el trato con ningún poblador (incluso

aprendieron sus idiomas) pero, de tener la posibilidad, trabajaron y se relacionaron preferentemente con quienes más cerca estaban de su país natal. Entonces, en el caso de los daneses radicados en la Patagonia se evidencia el uso del conocimiento incorporado, objetivado, y casi nunca del que se presenta de modo institucionalizado.

Finalmente, el caso de los daneses en Misiones incorpora algunos elementos nuevos, como el hecho de que las mujeres estaban más vinculadas al intercambio de conocimientos, puesto que eran los agentes centrales en la producción de alimentos, tanto más dependiente de la recolección de frutas y verduras porque eso era lo que ofrecía el paisaje. En general, hay en sus anécdotas ejemplos de diversos aprendizajes a través de la acumulación de intentos fallidos o exitosos, pero no se menciona un perfil profesional que los inmigrantes portaran desde el país europeo.

Por otro lado, hasta la creación del club -nacido como asociación en 1922, y "que fue el centro de la vida cultural de la colonia" (Johansen, 2009: 80)-, los puntos de reunión eran los comercios y el puerto, donde se confundía el intercambio comercial con el cultural y el técnico, en la medida en que se comentaban las "nuevas formas de combatir la selva" (Johansen, 2009: 85). Este intercambio no era exclusivo de los daneses pero, conforme se fueron sumando coterráneos a poblar la zona, la institucionalización de la colectividad potenció la búsqueda de reconocimiento entre los pares.

En definitiva, nuevamente, el capital cultural no es el se disputa con mayor urgencia. En las experiencias relatadas aparece prioritariamente el capital social -ya que, como "no se podía comprar nada" (Engwald, 2014: 113) había que buscar a quien enseñe dónde y/o cómo conseguirlo-, y luego el económico (en la búsqueda por la autosustentabilidad). Una vez que los daneses alcanzaban cierta estabilidad en estos dos aspectos, desarrollaban específicamente su capital cultural: mejoraban los procesos de producción de yerba mate, construían molinos y aserraderos, e incluso, llegando a una época más prolífica en tecnologías de la comunicación y el transporte, algunos se volcaron a aprender los principios que regían los nuevos y "maravillosos inventos", tales como la radio (Johansen, 2009: 36). Cabe aclarar que, ciertamente, la búsqueda del conocimiento para habitar geografías tan extrañas a Dinamarca fue una necesidad desde el inicio. Pero, dado que aquí se analiza qué capital inicial ponían en juego los

daneses, el desconocimiento sobre casi todo lo referido a la selva misionera implicaba que sus saberes no fueran particularmente requeridos, al menos hasta quedar objetivados en alguna máquina o procedimiento. Una vez que alcanzaron el conocimiento específico para subsistir en Eldorado -debido a su propia experiencia, la imitación de tareas realizadas por los locales, el aprendizaje por prueba y error o la lectura de materiales específicos para construir máquinas y artefactos-, los relatos biográficos develan cierto interés en la posesión de capital simbólico. En particular, bajo la forma de reconocimiento de estos daneses como expertos en determinados desarrollos productivos, o como autoridades de las instituciones de la colectividad.

La exposición de las experiencias relevadas, la presencia del conocimiento como capital cultural -en términos de Bourdieu (1991)-, su vínculo con los demás capitales y el tipo de conocimiento -objetivado, incorporado e institucionalizado, según Gutiérrez (1994)- procuró, hasta aquí, presentar un ejercicio analítico para estudiar la producción de saberes profesionales y/o técnicos que los inmigrantes desarrollaron como parte de sus actividades cotidianas. Es deseable, en este sentido, que sea de utilidad para abrir nuevas líneas de investigación a fin de estudiar el conocimiento como eje de la integración cultural.

Bibliografía

Adair, Martín A. (Comp.). (2003). *Relatos nuevos de la Patagonia vieja*. Ushuaia: Zagier & Urruty Publications.

Bækhøj, Lars. (1923). De Danske Nybygder I Argentina. *Danmarksposten*, (4), 194-202.

Bækhøj, Lars. (1948). *Danske i Argentina [Lo danés en Argentina]*. Copenhagen: Det Danske Forlag.

Bækhøj, Lars. (2011). *Adolf Hendrik Waldemar Petersen (1845-1921). Un inmigrante danés emprendedor*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

Bennike, Johannes. (1936). Bellona y Manuelita. En *Episodios daneses en el Río de la Plata* (41-83). Buenos Aires.

Bjerg, María Mónica. (1995). Sabiendo el camino o navegando en las dudas. Las redes sociales y las relaciones impersonales en la inmigración danesa a la Argentina, 1848-1930. En María Bjerg y Hernán Otero (Comps.), *Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna* (107-132). Tandil: Instituto de Estudios Histórico Sociales de la Universidad Nacional del Centro y CEMLA.

Bjerg, María Mónica. (2001). *Entre Sofie y Tovelille. Una historia de los inmigrantes daneses en la Argentina (1848-1939)*. Buenos Aires: Biblios.

Bourdieu, Pierre. (1988). Espacio social y poder simbólico. En *Cosas dichas* (127-142). Buenos Aires: Gedisa.

Bourdieu, Pierre. (1991). Estructuras, habitus, prácticas. En *El sentido práctico* (91-111). Madrid: Taurus.

Buus, Knud Christian. (1947). *Et Livs kamp gennem 70 aar [70 años de lucha]*. Necochea. Inédito.

Dansk Udvandrer Arkivet. (s./f.). Udvandrer protokoller. Recuperado de <http://www.udvandrerarkivet.dk>

Devoto, Fernando J. (2007). La inmigración de ultramar. En Susana Torrado (Comp.), *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo Centenario*, Tomo I (531-548). Buenos Aires: Edhasa. Recuperado de: http://valijainmigracion.educ.ar/contenido/materiales_para_formacion_docente/textos_de_consulta/9%20Devoto%20%20La%20inmigracion%20de%20Ultramar.pdf

Engwald, Nina Raben de. (2014 [1938]). *Eldorado. 20 años en Sudamérica*. Raúl Wals Engwald.

Fugl, Juan. (1959). *Abriendo surcos. Memorias de Juan Fugl 1811-1900*. Buenos Aires: Altamira.

Fugl, Juan. (1989). *Memorias de Juan Fugl. Vida de un pionero danés durante 30 años en Tandil – Argentina*. Tandil.

Germani, Gino. (1987). *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*. Buenos Aires: Ediciones Solar.

Gobierno de la República Argentina. (1916). *Tercer Censo Nacional. Levantado el 1º de Junio de 1914*, Tomo II. Buenos Aires: Talleres Gráficos de L. Rosso y Cía.

Gutiérrez, Alicia B. (1994). *Pierre Bourdieu: las prácticas sociales*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Johansen, Oluf. (2009 [1934]). *Pionero*. Misiones: Alicia Aerni Editora.

Lauring, Magnus H. (2007). *På Hesteryg i Argentina [A Caballo por Argentina]*. Dinamarca: Lindhardt Forlaget.

Madsen, Andreas. (2003) *Nuevas historias de la Patagonia vieja*. Ushuaia: Zaguier & Urruty Publications.

Madsen, Andreas. (2005 [1948]). *La Patagonia vieja. Relatos en el Fitz Roy*. Ushuaia: Zaguier & Urruty Publications.

Meullengrad, Oscar. (2001 [1923]). *Memorias del Pastor Meullengrad*. Tandil.

Monrad-Hansen, Knud. (1940). La inmigración danesa en la República Argentina. *Dinamarca. Publicación de la "Liga Pro Ayuda a Dinamarca"*, s./d.

Prieto, Adolfo. (1982). *La literatura autobiográfica argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Sarlo, Beatriz. (1997). *La imaginación técnica*. Buenos Aires: Nueva Visión.